

1

HACE MUCHO, MUCHO TIEMPO, empujados por el hambre y el agotamiento, llegamos a estas tierras de bosques provenientes de las heladas llanuras de hielo que se extendían más allá de las montañas. Tierras fértiles aunque indómitas, generosas y escarpadas, amables y templadas. Un buen lugar para vivir. O, por decirlo de otra manera: el único lugar disponible para vivir. Si hubiésemos continuado nomadeando en el hielo, tarde o temprano, una muerte furtiva se habría abalanzado sobre todos Nosotros.

Más allá de la cordillera montañosa, existía el territorio que desde entonces consideraríamos nuestro. Exiguos valles y suaves montañas que sólo en el rigor del invierno aparecían nevadas. Estábamos bien alimentados y no nos faltaba abrigo del frío, pero siem-

pre, si queríamos llegar a viejos, teníamos que observar la principal de todas las normas: jamás hacia lo profundo del bosque. Nunca abandonar las veredas, no buscar alimento donde comenzaban las cuevas, dar la vuelta al primer aviso de los pájaros.

Nuestros asentamientos, firmes y estables, se situaban en los valles. Allí había agua dulce en abundancia, frutos silvestres, árboles que florecían en primavera, animalillos a los que no era difícil dar caza. ¿Buscáis los hongos que, tras los calores, brotan en las sendas de paso? Pues sabed que no nos pertenecen, que nos está vedada su recolecta, que quienes son dueños del bosque lo son, a su vez, de todo lo que él cría.

Ya se encontraban aquí cuando llegamos. No eran muchos ni se agrupaban en grandes familias. Al contrario, su presencia era tan lacónica como dispersa. Los veíamos a lo lejos, en las lomas altas de las montañas. Encogidos y apretados dentro de sus toscas pieles. Azuzábamos la vista y ellos, al parecer, hacían lo propio. Unos extraños y macilentos seres invadían su terreno provenientes de las llanuras heladas: Nosotros.

Por suerte, no nos dieron demasiada importancia. Se cansaron de mirar y regresaron a sus tareas. Pronto comprendimos que bastaba con que nos mantuviéramos lejos de ellos para que nos dejaran en paz. Esa rápida intuición, desde luego, nos salvó la vida. No les importunamos y, a cambio, ellos no nos importunaron a Nosotros. Se comían lo del bosque, nos comíamos lo

del valle. Un buen reparto, a fin de cuentas. Esta tierra podía alimentarnos a todos.

No pasó demasiado tiempo antes de que los consideráramos los dueños del bosque¹. Seres más anchos que altos, increíblemente fuertes y ágiles, con el cuerpo muy velludo y una testarudez a prueba de toda especulación. Su frente, narraban los que pudieron verlos de cerca, se echaba hacia atrás en la cabeza y dos grandes cejas enterraban sus ojos en lo más profundo del rostro. Nos miraban con la curiosidad del que sabe que toda la fuerza está de su lado. A Nosotros, los escualidos y torpes seres llegados de las llanuras del hielo, sólo nos restaba, ante su feroz presencia, la estrategia de la rápida huida. Quien tuviera la desdicha de topase, tras adentrarse imprudentemente en el bosque, con uno de Los Otros, debía considerar una única posibilidad: dar media vuelta y correr hacia el valle con toda la presteza que sus piernas permitiesen.

Los niños habían sido advertidos: alejad vuestros pasos del bosque pues allí mora el ser que, sin pensárselo dos veces, se abalanzará sobre vosotros con la peor de las intenciones. Menos aún, qué decir, si la noche ha caído y el cielo se torna plumizo. Decir jamás era una

¹ En la literatura mitológica vasca, el *basajaun* (literalmente, señor del bosque) es un ser humano de fuerza descomunal, aspecto primitivo y carácter algo simple que vive en cuevas de montaña. Probablemente, neandertales contemporáneos de los núcleos de cromañones que habitaban Europa hace treinta mil años. Algunos de estos últimos se instalaron en los Pirineos Occidentales logrando mantener vivo y relativamente intacto a través del tiempo su acervo mítico y lingüístico. Constituyen los ancestros de los vascos modernos.

buena forma de expresarlo. Jamás y no se estableciesen consideraciones añadidas.

Claro que los niños eran niños y la fantasía de explorar cada uno de los territorios expresamente prohibidos lograba que más de uno pasara las noches en vela. Todos habíamos sido jóvenes alguna vez y todos, al tiempo, habíamos sentido la necesidad de mostrar al resto que éramos los más fuertes y valerosos. ¿Y qué mejor manera de lograrlo que atrapar vivo a un *basajaun*? Ni más ni menos que eso. Al más poderoso de entre Los Otros.

Lo cierto es que nada así podía suceder. Ni siquiera nuestros cazadores se atrevían a tanto. No. Si ellos toleraban nuestra presencia, ¿por qué no hacer Nosotros lo propio? El bosque bien podía ser suyo si nuestro dominio sobre el valle no se discutía... Y, verdaderamente, no parecía hallarse en entredicho, así que nos limitábamos a escrutarnos a lo lejos sin poner en peligro nuestras vidas.

Los Otros sentían cierta curiosidad ante nuestra presencia. Sería difícil dilucidar si mucha o poca, pero curiosidad sin la menor duda. Cuando un grupo de los nuestros era avistado, Los Otros dejaban de hacer aquello en lo que estuvieran ocupados y, sin mirarse entre sí ni cruzarse palabra alguna, nos dedicaban una larga e insidiosa mirada en la distancia. No realizaban intentos de acercarse. Los nuestros, paralizados por el miedo e incapaces de pensar en nada, se quedaban mirándoles con pasmo. Cortas frases nerviosas entreteji-

das por lo bajo bastaban para esbozar una maniobra ante la difícil situación. Todos debían actuar coordinadamente y la huida, en el momento de ser emprendida, tenía que ser tan rápida como sorpresiva. De esta forma, el peculiar alelamiento de Los Otros, dejaría a los nuestros tiempo para la fuga.

No en pocas ocasiones, ya a la carrera en dirección al valle, alguno de los nuestros se detenía para comprobar la distancia a la que Los Otros les seguían. Invariablemente, la sorpresa era siempre idéntica: no lo hacían, sino que se limitaban a continuar observándonos con la misma curiosidad de antes. Debía parecerles extraña nuestra forma de reaccionar ante su presencia. La curiosidad de los que sabían que un abrazo de sus brazos anchos y vigorosos bastaría para dar muerte a cualquiera.

Sin embargo, no corrían tras Nosotros. No lo hacían y esto, con el paso del tiempo, nos convirtió en seres más confiados. Un poco más confiados. Las reglas eran claras y nuestro juicio templado: mejor mantenernos alejados de Los Otros. No obstante, salir corriendo dejó de ser la primera opción. Digamos que, de alguna forma, Nosotros también nos volvimos curiosos. Aprendimos a mirarlos de frente y a disfrutar con la exploración de sus imágenes.

Entonces, sólo entonces, nos dimos cuenta de que Los Otros no eran mucho más que bestias. Animales que, por alguna razón misteriosa, se habían erguido para terminar refugiándose en cuevas. Sucios, harapo-

sos e incapaces de albergar sentimiento alguno. Por eso nos miraban con tanta insistencia... No era la curiosidad lo que les impulsaba a actuar así, sino algo mucho más estúpido: nos miraban porque no se les ocurría qué otra cosa hacer. Quizás ni siquiera fueran capaces de recordarnos y, ante sus ojos, siempre estábamos siendo vistos por primera vez...

Nefasta había sido nuestra suerte. No era sencillo toparse con una tierra capaz de alimentarnos durante todo el año y, ahora que lo habíamos conseguido, nos encontrábamos con sus montañas tomadas por sucios animales nada dispuestos a abandonarlas.

Una vez, probablemente invadidos por cierta euforia, organizamos una partida para intentar recuperar lo que ya sentíamos como nuestro. Habría unos nuevos señores del bosque y esos seríamos Nosotros. Ocupamos varias jornadas en afilar y preparar las armas y enviamos a un puñado de hombres jóvenes en dirección al bosque.

Lo que allá sucedió fue lo que acertaron a contar-nos a su regreso: que los *basajaunes* abrieron sus brazos cuan anchos eran y bramaron tal y como sólo las bestias más salvajes sabían hacer. Aseguraban que, desde el valle, los aullidos habrían sido oídos. Los que aquí permanecemos lo negamos, pero ellos insistieron: tenían que haberse escuchado.

Tras la demostración de fuerza, Nosotros les retamos valerosamente con nuestras armas. Los *basajaunes*, entonces, al ver con sus propios ojos lo afilado de

nuestras piedras, se echaron a temblar y convirtieron el bramido en llanto. De alguna forma, solicitaban que les fueran conservadas sus vidas.

Sin embargo, no hubo explicación convincente para las heridas que todos los nuestros tenían en piernas y brazos. Heridas pequeñas, cortas y poco profundas, como las que producían las espigas de los matorrales al penetrar abruptamente en ellos. Nadie que regresase de una victoria clara, cruzaría el bosque por el camino más incómodo. No, no lo haría. Vendría caminando despacio, saboreando la victoria, comentándolo hasta la saciedad con los compañeros de gesta.

¿Y la ausencia de varias lanzas? Habíamos tardado jornadas en tallar sus afiladas piedras y ahora, simplemente, no estaban. Las llevaron consigo y no las trajeron de vuelta. Ante la insistencia, balbucieron excusas sin apenas fuste: que las habían dejado olvidadas junto al tronco de un árbol, que las extraviaron cuando, de regreso al valle, trataron de dar caza a un conejo que se les cruzó en el camino...

Días después, alguien sugirió la posibilidad de organizar una nueva incursión en el bosque. Los integrantes de la anterior partida no dudaron en el momento de responder: ¡no! Parecía ser que no merecía la pena hostigar a Los Otros. Con el susto que se llevaron ante la gallardía de los valientes, ya debían tener suficiente...

Nadie insistió demasiado, no fuera a ser que tanto aplomo obtuviera como respuesta una invitación a acu-

dir sin compañía al encuentro con aquellos que, aunque menos, parecían seguir señoreando el bosque. Cada cual ocupó nerviosamente sus manos en lo que más a mano tenía: curtir un trozo de piel, asar un buen pedazo de carne, agujerear un hueso hueco hasta conseguir extraer de él la más armoniosa melodía, aprestarse a poner rumbo al río para recoger agua e, incluso, desaparecer más allá de los árboles en un más que probablemente fingido apretón de tripas.

A partir de entonces, las dudas en torno al dominio del bosque se fueron disipando. De acuerdo, para ellos, para Los Otros. De cualquier forma, en el bosque, además de hongos y plantas silvestres, poco aprovechable había para Nosotros. Que se lo quedaran si así lo querían. En los valles disponíamos de todo lo preciso para la supervivencia. Unos valles cada vez más amables, dóciles y dispuestos a colaborar. Nos abrigan de los vientos provenientes del mar, encauzaban ríos y torrentes posibilitándonos el imprescindible acceso al agua dulce, allanaban el terreno en las cuencas para facilitar los asentamientos...

Allá quedó el bosque medio olvidado. Si no se pensaba demasiado en él, tan siquiera parecía existir. Los que lo habitaban, jamás se dejaban ver. Sus asuntos, fueran estos cuales fueran, tenían lugar en lo profundo de sus cuevas, lejos de Nosotros. Y se nos fueron olvidando. Se volvieron borrosos el recuerdo de sus rostros y la remembranza de aquella supuesta ferocidad.

Por supuesto, tomamos las precauciones siempre necesarias en estos casos: a los niños se les seguía aleccionando en la inconveniencia de internarse en la espesura. Los *basajaunes* respiraban agazapados detrás de cada matojo, de cada arbusto, de cada tronco caído. Todos los anocheceres, cerca del fuego, se repetían una y otra vez las instrucciones requeridas que nadie debía olvidar. El bosque, el bramido de las bestias, los señores que se comían a sus congéneres, la muerte acechando áspera y traicionera. Todo ello con un único fin: preservarnos de una destrucción que, sin haber sido nunca anunciada, nos preocupaba de forma casi instintiva.

Porque algo importante y distinto nos estaba ocurriendo. Por primera vez en quién sabía cuántas generaciones, estábamos dispuestos a dejar de vagar indefinidamente para aferrarnos a este trozo de tierra. ¿Que unos cuantos seres peludos habitaban el bosque? Nada nos importaba pues traíamos tanta pericia en el manejo de las armas como prudencia en nuestros procedimientos. Sabíamos que éramos más listos y experimentados, que nuestro número les superaba con creces, que ellos estaban solos y desorganizados, que nuestros talladores de piedras no tenían rival ante las toscas herramientas que les habíamos visto empuñar, que no podrían darnos alcance en una carrera en el valle abierto. Lo sabíamos y eso nos daba confianza. Bastaba con ser prudentes.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la primera vez que arribamos a este territorio? Y, desde entonces, ¿cuántos de los nuestros habían caído a manos de Los Otros? ¿Cuántos habían sido raptados para, después y a buen seguro, ser devorados sin miramientos? Pocos. Quizás ninguno. Se oyó hablar de algún niño recién nacido que, en un descuido de su madre, cayó presa de una mano sucia y gruesa. Pero, la verdad, nadie podía afirmar sin temor a equivocarse que no fuera la propia madre la que, observado una tara natural en la criatura, no se la diera de comer a los lobos para ahorrarle una vida cargada de desdicha.

Sin embargo, este era el argumento preferido en las narraciones nocturnas: Los Otros vendrían desde la hondura y se comerían a los niños desobedientes. Gruñirían a la luna pues esa y no otra constituía su única forma de comunicación. Gruñidos inconexos que se lanzaban al aire. Gruñidos dirigidos a los de su propia horda. Animales extraños e incapaces de hablar.

Hubo quien aventuró la posibilidad opuesta. Sí, a través de los gruñidos infectos existía comunicación. Pero, ¿cómo entender algo así si ninguno de Los Otros era capaz de articular una sola palabra conocida? Los habíamos escuchado en la distancia. Incluso, no hacía demasiado tiempo, un grupo de Nosotros se topó con varios *basajaunes* que, inesperadamente y contra todo lo habitual, trataron de decirles algo. Alzaban los brazos y dibujaban signos con los dedos. Se acuclillaban y fingían correr a cuatro patas por el suelo. Uno de ellos,

además, masticó un poco de hierba antes de volver a erguirse y señalar en dirección a su cueva.

Cualquiera que fuera aquello que pretendían decirles, quedó sin respuesta. Los nuestros pronto cayeron en la cuenta de que no merecía la pena dedicar más tiempo y esfuerzo a comprenderles. Las bestias, si hablaban, lo hacían en un lenguaje propio y desconocido para Nosotros. Si hablaban, claro. Si a aquello se le podía llamar conversación. ¡Ni una sola palabra reconocible! Ni una sola. Vocalizaban a través de una especie de boca atorada hacia dentro. Gruñidos y algún berrido más propio de cabras que de Nosotros.

Dieron lentamente media vuelta y, dejando allí a los *basajaunes* con el semblante circunspecto, regresaron al valle. Aún se empeñaba en comer hierba aquella estúpida bestia... ¡Cuánto no nos divertimos en las noches siguientes ante la narración, una y otra vez, de lo sucedido! Un peludo *basajaun* caminando sobre cuatro patas y comiendo hierba. ¿Alguien podría señalar algo más cómico?

La narración, de tantas veces repetida, fue tomando vida propia y, en consecuencia, transformándose bellamente. Noche a noche, velada a velada, ya no era uno el señor que pastaba con simpleza, sino varios, todos, la horda entera. Echados sobre cuatro patas, comiendo, aullando al firmamento, defecando los unos sobre los otros, cubriendo hembras por detrás. ¿Se daban ahora cuenta los niños de que no se trataba más

que de bestias inmundas? Deberían temerlas como a todas las bestias se las temía, pero nada más.

Hablar con Los Otros no era posible. No conocían el idioma articulado ni parecía hacerles falta. No hablaban, tampoco, el resto de las bestias salvajes y eso, en verdad, no les impedía vivir plácidamente. ¿Hablaban el lobo? ¿Hablaban el buitre? ¿Alguien podría decir que oyó alguna vez palabra proveniente de la garganta de un oso?

Animales que habría que dominar. Estúpidas bestias que nos quitaban lo que era nuestro. ¿Por qué ellos, y no Nosotros, se comían los apetitosos hongos que brotaban tras el estío? ¿Y las plantas medicinales? La imposibilidad de penetrar en el bosque con probabilidades de regresar, nos obligaba a emprender largas expediciones a parajes lejanos y deshabitados. Bosques estupendos a los que los *basajaunes* bien podrían migrar. Nosotros ya no. Nosotros llevábamos demasiado tiempo vagando de un lado a otro como para volver a intentarlo otra vez más. Además, nuestras mujeres, adheridas al halo de buena suerte que últimamente había prendido en nuestro clan, estaban permanentemente encinta y echando criaturas al mundo. No se trataba de condiciones adecuadas para emprender viaje. La suerte estaba de nuestro lado y el territorio nos surtía de más comida de la que éramos capaces de dar cuenta.

Pero, ¿quién advertiría a Los Otros de que se debían marchar? Y aunque consiguiéramos reunir una partida de voluntarios, ¿cómo lograrlo, si su simpleza

les impedía comprendernos? Imaginamos la posibilidad de hacerlo mediante señas pero pronto la descartamos: nos dedicarían una de sus miradas bobaliconas y permanecerían en silencio. ¿Articular despacio cada vocablo? ¿Acompañar el sonido de gestos lentos en los que apoyar las palabras? Imposible. Los *basajaunes* no pertenecían a nuestro mundo.

Si no a expulsarlos de nuestras tierras, sí a espiarlos ocultos tras las matas fue enviado un pequeño grupo de Nosotros. Muy pocos hombres, la verdad. Y demasiado jóvenes para una empresa en el que el temple constituía la clave de su éxito. Se ofrecieron voluntarios aduciendo algo así como que a echarlos no estaban dispuestos, pero sí a vigilarles de cerca. Así lo expresaron: vigilarles de cerca. Eran unos cuantos muchachos excesivamente jóvenes cuyo afán en la aventura distaba mucho de perseguir el provecho del clan y caía más bien del lado de la reputación que, internándose en el bosque a la búsqueda de Los Otros, alcanzarían entre las jóvenes de su misma edad. A veces, cada cual hacía lo que más en su mano estaba para, así, tratar de ver cumplidos los deseos íntimos. Aunque perdieran la vida en el empeño.

Dada su lozanía, hubo quien trató, juiciosamente, de disuadirles. Resultó imposible. Cuando uno de estos muchachos se empeñaba en algo, más valía que fuera y lo hiciese. Tratar de impedirselo habría resultado, esa sí, la tarea más infructuosa de todas.

Salieron con las primeras luces del alba y no regresaron hasta después de anochecido. Fueron y vinieron, y de lo que nos contaron y de lo que con ellos trajeron, obtuvimos una conclusión cierta: la estupidez y la simpleza que Los Otros congregaban en sus cuerpos, suponía un poder tan alto como maravilloso. Estaban allí y lo estarían para siempre. Nosotros, al menos, no podríamos expulsarlos jamás. No, no podríamos. ¿Cómo hacerlo si ni siquiera llegaban a comprender nuestra propia situación?

Los muchachos caminaron por el monte evitando las sendas habituales. Trataban de no hacer ruido, de conducirse con tiento. Probablemente, la intención quedaba ahí y, pronto, antes de que el sol estuviera en lo alto del firmamento, fueron descubiertos y rodeados por varios *basajaunes*. Los expertos cazadores, cazados. ¿Y ahora qué podían hacer?

Quedarse quietos, pues nada más se les ocurrió. Quedarse quietos y aguardar. Los Otros les miraron con el interés y la parsimonia de siempre. Su tranquilidad, sin duda, no hacía sino alterar aún más el ánimo de los nuestros. Ellos parecían conocer que la ventaja estaba de su parte. Más aún, si entendíamos su peculiar distribución sobre el terreno: uno aquí, el otro un poco más allá, lejos de ambos otro más... Dispersos, observantes, dueños de una seguridad que causaba pavor en quien la observaba.

En el rato que estuvieron manteniéndose las miradas a corta distancia, aparecieron más *basajaunes*.

Los nuestros sintieron que habían elegido el peor momento para emprender la partida hacia la espesura: todos Los Otros, todos y cada uno de ellos, estaban allí reunidos. Y aún, de entre los arbustos, algunos más se erguían para, acto seguido, dedicarles esa mirada en la que cualquier atisbo de humanidad se encontraba ausente.

Uno de los nuestros, un muchacho especialmente avisado, creyó darse cuenta de qué estaban haciendo. Los estudió con detenimiento y observó que todos tenían el rostro y los pelos manchados de un fluido oscuro. ¡Moras! ¡Se hallaban recolectando moras silvestres! Y ahora, Nosotros estábamos allí interrumpiéndoles la diversión.

Un gran macho con el pelo cano comenzó a gruñir. Alzaba el brazo y apuntaba, con un dedo, hacia los muchachos. Los demás *basajaunes* comenzaron a inquietarse. No, no tenían que haber interrumpido su atracón de moras. El bosque era suyo. El no-bosque, de los demás. Ahora estaban, lo comprobó mirando hacia la copa de los árboles, en el bosque. Sí, lo estaban. Suyo.

Nuestros muchachos, al ver cómo un dedo grueso y amenazante les señalaba sin discreción, se echaron a temblar. Más de uno, se orinó encima. Al verlo, los *basajaunes* rezongaron ruidosamente. Se reían como las peores bestias ante la desdicha de sus presas. Rieron, dieron cuenta de las moras que todavía tenían en las

manos y comenzaron a caminar entre los arbustos hacia nuestros muchachos.

Los que no se habían orinado antes, lo hicieron ahora. Trataron de decir algo, pero las palabras no brotaban. De cualquier forma, y esto lo estaban comprobando sobre la marcha, Los Otros no parecían capaces de comprender nada de lo que pudieran decirles. Bufidos e incomprensión antes de la muerte. Eso mismo pensaron. La muerte estaba a punto de alcanzarles.

Al llegar hasta ellos, cada *basajaun* sujetó por los muslos a un muchacho e, izándolo en el aire con la facilidad con la que volaban los pájaros, se lo echó a la espalda. Así, sujetos por las piernas y en posición invertida, los muchachos fueron llevados a la cueva que la horda habitaba.

Un viaje en multitud de ocasiones interrumpido, pues Los Otros no perdían oportunidad de detenerse a recoger todo aquello que consideraban de interés: más moras, algún hongo, hierbas de dudoso efecto benéfico y quién sabe qué más. Por supuesto, todo esto lo hacían sin deshacerse de su carga. En realidad, y según los muchachos pudieron contar más tarde, estaban seguros de que se olvidaban, a ratos, de que ellos seguían allí. Continuaban asíéndolos, digamos, porque la mano así lo hacía por cuenta propia. Pero nada más. Los *basajaunes* no dieron por terminada la mañana hasta un buen rato después, cuando, ya en la cueva, tuvieron que deshacerse de la carga para echarse a dormir. Dejaron caer a los muchachos sin demasiados miramientos y,

cerrando las manos en sus tobillos para evitar, así, que huyeran, durmieron plácidamente hasta que el sol comenzó a declinar.

Para entonces, los nuestros ya habían pretendido escapar. Superando el pavor que aquellos seres les causaban, intentaron abrir sus dedos, pero no lo lograron. Incluso dormidos, la fuerza de Los Otros distaba poco de la de los mismísimos osos. ¡Qué hacer...! Nada sino resignarse y aguardar.

Cuando despertaron, todos sin excepción, parecieron preguntarse qué era aquello que tenían sujeto con la mano. Los miraron con extrañeza, se rascaron la cabeza, los hombros y el pecho, y cayeron en la cuenta de que esos seres asustados eran los mismos que habían logrado atrapar por la mañana. Unos cuantos muchachos sollozantes y paralizados por el pánico. Cuando, una vez más, los *basajaunes* fijaron en ellos aquellas miradas vacuas, supieron que su fin había llegado. Habrían preferido vivir largamente, pero, cuanto menos, su muerte sería honrada a lo largo del tiempo por los suyos. Bien, así que en esto consistía la muerte... En que una bestia nauseabunda fijara en ti su mirada y dispusiera, en adelante, de cada uno de tus alientos...

Para su sorpresa, Los Otros los liberaron. Ciertamente era que aún estaban en el interior de la cueva y que, en cuanto quisieran, los *basajaunes* podrían volver a atraparles, pero, ahora y por primera vez, se hallaban libres. ¿Qué hacer? ¿Salir corriendo? Esta, sin duda, era la mejor opción que se les ocurrió. Aprovechándose de

que Los Otros eran incapaces de entenderles, discutieron en voz alta la posibilidad de hacerlo: echar a correr y que quien pudiera, se salvase. Al menos, así, la mayoría conseguiría llegar con vida al valle. Otros, probablemente, serían alcanzados y matados de inmediato, pero, ¿qué otra cosa se podía hacer?

Lo decidieron mientras los *basajaunes* los contemplaban en silencio. La relajación de sus cuerpos no parecía prever un ataque inmediato. Quizás ese fuera el mejor momento. Convinieron que, a la señal de uno de ellos, todos echarían a correr en dirección a la entrada de la cueva.

En ese justo instante, el *basajaun* que tenía el pelo blanco alzó un brazo y profirió un bramido que retumbó durante largo rato en las paredes de la cueva. A los muchachos, el ánimo preciso para la huida se les escapó del cuerpo. Retornaron a un estado de paralización del que ya no se recuperarían.

Quietos, muy quietos, como si ellos mismos fueran rocas enterradas en el suelo de la cueva, aguardaron a que Los Otros se abalanzaran sobre ellos, los desmembraran antes de darles muerte y comenzaran a devorar los trozos arrancados de sus cuerpos sin verlos, primero, expirar. ¡Qué final más horrible les aguardaba! Algunos de nuestros muchachos, queriéndose ahorrar la contemplación del tormento, cerraron los ojos con nervio. Así, a oscuras, esperaron. Sentirían esas manos duras, frías y poderosas tirando con fuerza de ellos. ¿Qué podían hacer frente a varios *basajaunes*

tomados por la ira más cruel? Nada, absolutamente nada. Dejarse llevar y no oponer resistencia para que la muerte adviniera cuanto antes. Aspiraban, para entonces, a un sufrimiento exiguo. A nada más. Se daban por acabados.

El *basajaun* de pelo cano volvió a bramar. Con los ojos cerrados, la sensación de infinito dolor resultó ser, si cabía, mayor. Oían cómo respiraban, cómo se movían, cómo con sus miradas de hielo los atravesaban. Un buen trozo de comida que los mantendría saciados, como poco, hasta el día siguiente.

Recordaron en qué forma, esa misma mañana, los habían levantado del suelo. Con una mano y sin realizar apenas esfuerzo. Y eso que los nuestros no eran, ni mucho menos, unos muchachos débiles y escuálidos. No, se trataba de buenos hombres a los que casi nunca, y menos aún desde que morábamos este valle, les había faltado alimento que llevarse a la boca. Sin embargo, la fuerza de Los Otros superaba lo hasta entonces observado. ¡No sólo los levantaron en volandas sin inmutarse, sino que cargaron con ellos durante largo tiempo y sin palidecer!

Creían estar sintiendo el tacto de las grandes manos en su piel, cuando escucharon, una vez más, el bramido del viejo macho. Curiosamente, y a pesar de que no podían interpretar aquello como diferente al gruñido de una bestia salvaje, intuyeron que algo excepcional sucedía. Algo en lo que, sin duda, ellos estaban implicados y para lo que se les requería atención.

No les atacaban. No se abalanzaban sobre ellos ni les arrancaban los brazos. Simplemente aguardaban a que los nuestros respondieran a su imprecación. ¿Les hablaban? ¿Tenía que ver algo de aquello con una lengua articulada? ¿Sabían, Los Otros, hablar igual que Nosotros lo hacíamos?

Nuestros muchachos, poco a poco y notando que nada sucedía, fueron abriendo los ojos. Muy despacio, sospechando que, todavía, lo peor podía sucederles, movieron los párpados y contemplaron la escena más increíble que jamás les había sido dada a observar: todos los *basajaunes* presentes en la cueva los miraban pero en ni una de esas miradas había hielo y, sorprendentemente, tampoco animadversión.

Quizás, todo lo contrario. Creyeron atisbar, y fue un momento que, después, recordarían con emoción, cierta afabilidad en sus semblantes. Una afabilidad que, creyeron, la impaciencia estaba comenzando a turbar. ¡El bramido del *basajaun* no era otra cosa que una llamada de atención hacia ellos! Les pedían que hicieran algo, que les acompañaran, que estuvieran atentos a lo que tenían que decirles o mostrarles.

Temerosos, pues el pánico no había desaparecido por completo de sus cuerpos, decidieron caminar hacia el *basajaun* de pelo blanco. Antes, se apretaron los unos junto a los otros hasta que sus pieles se tocaron. Nada de esto les salvaría de una muerte cierta si Los Otros les estaban engañando, pero, al menos, morir

sintiendo cerca a los suyos les proporcionaba un vago consuelo.

Los muchachos se acercaron tanto al *basajaun* que este ya sólo necesitaba alargar su brazo para alcanzarlos. Sintieron cómo de una probable muerte únicamente les separaba un hálito. Si él así lo quería, ellos no tendrían más momentos para seguir habitando este mundo. Cada respiración podría ser la última pues un único gesto de aquella bestia bastaría para acabar con sus vidas.

Sin embargo, no hubo violencia. No hubo golpes, ni sangre, ni desmembramientos. El *basajaun* se encogió de hombros, mostró la palma de las manos y volvió a gruñir pero, esta vez, eso pareció a nuestros muchachos, mucho menos amenazadoramente. De alguna forma, lo que estaba haciendo era invitarles a que le siguieran. Trataba, desde su simpleza, de explicárselo aunque ya parecía haberse dado cuenta de que Nosotros no comprendíamos sus gruñidos inarticulados. La bestia, entonces, alargó su brazo y, con la punta de un dedo, tocó suavemente el pecho del muchacho que más cercano a él se hallaba. Acto seguido, como si hubiera concentrado toda la atención del muchacho en la punta de ese dedo, lo dirigió hacia el fondo de la cueva.

Se miraron entre sí y los profundos ojos del *basajaun* parecieron dóciles como los de un niño recién nacido. Sí, les estaba invitando a dirigirse al fondo de la cueva. ¿Cómo negarse? ¿Acaso disponían de más op-

ciones? No es que aquello les agradara demasiado, pero poco más, en tales circunstancias, podían hacer.

Dando pasos cortos y evitando, así, separarse, los muchachos caminaron hacia donde se les indicaba. Por fin, los *basajaunes* allí presentes, respiraron aliviados. Tras tanto empeño, los hombres comprendían lo que les estaba siendo dicho. Hacia el fondo de la cueva, sí. Hacia el fondo de la cueva.

Uno de los *basajaunes* se aprestó a tomar una tea del fuego que siempre mantenían vivo en un rincón protegido del viento y la lluvia. Con ella en la mano, se situó en la cabeza de la extraña comitiva. De cuando en cuando, mientras caminaba, volvía la cabeza para asegurarse de que los demás le seguían. Se rascaba las axilas y entre las piernas con la mano libre y profería guturales sonidos, que los nuestros interpretaron de satisfacción, al contemplar cómo los demás, según lo previsto, le seguían.

No fueron mucho más allá. La cueva, ancha y espaciosa en la entrada, se estrechaba repentinamente hasta casi impedir el paso sin inclinar la cabeza. Los muchachos vieron túneles oscuros abiertos en la roca, galerías y corredores que se internaban en lo más profundo de la montaña. A buen seguro, ninguno de los *basajaunes* habría osado jamás aventurarse a través de conductos tan tenebrosos.

Pronto se detuvieron. Apenas se veía más allá del lugar en el que la tea proyectaba su luz. Sin embargo, notaron que la temperatura del ambiente había des-

cendido bruscamente. Además, lo percibieron de inmediato, un olor penetrante impregnaba el aire. Un olor familiar pero que en ese momento no pudieron identificar.

El *basajaun* del pelo cano se situó, de nuevo, frente a ellos y los miró desde las tinieblas. Quizás trató de decir algo al que portaba la tea. Quién podía saberlo... Desde luego, ensayó, durante un buen rato, unos cuantos gruñidos impulsados casi desde el fondo de sus tripas. Quería que la luz le alcanzase. Y si no a él, sí a lo que hasta allí habían ido a observar.

La luz, tras varios intentos infructuosos, se dirigió hacia la pared que cerraba la cueva en su fondo. Bajo una iluminación lastimera y titubeante apareció ante los fascinados muchachos una fantástica pila de cuerpos de animales desollados. ¡Un almacén de carne! Montones y montones de animales muertos y con las vísceras extraídas para evitar la pudrición. Las bestias del bosque, sin duda, sabían preparar el invierno. Ellos no pasarían hambre.

Nadie dijo nada durante un buen rato. Los Otros habían dejado de emitir sonidos y los nuestros, por su parte, estaban lo suficientemente estupefactos como para no articular palabra alguna. ¡Los *basajaunes* sabían cómo almacenar comida para el invierno!

Y bien, ¿qué iba a suceder entonces? Se les ocurrió pensar en que habían sido llevados hasta allí para que corrieran la misma suerte que las cabras, las liebres y algún que otro bicho más incapaz de ser identi-

ficado bajo tan escasa luz. Se ahorrarían, así, el trabajo de tener que transportarlos desde el lugar de la manzana hasta el almacén. Pronto, con alivio, desecharon tal posibilidad: si algo no importaba lo más mínimo a Los Otros, era acarrear pesados bultos de un lugar a otro. Bien podrían haberles dado muerte en el mismo lugar en el que, por la mañana, les encontraron, y, tras desollarlos, echarse a la espalda las piezas de carne, ¡ellos mismos!, totalmente limpias.

No, la razón de su presencia allí era otra y bien distinta. Un gruñido les avisó de que pronto iban a salir de dudas. El brazo del *basajaun* canoso apuntó en dirección hacia las piezas de carne. Se acercó a la que coronaba una pila y la tocó sin dejar de mirar a los muchachos. Parecía querer alabar la calidad de las existencias que habían logrado acumular. Carne como esa, no podrían hallarla en ningún lugar del valle.

Sin embargo, ante el asentimiento de los muchachos, el *basajaun* se impacientó. Los nuestros le daban la razón pues no creían adecuada cualquier otra observación. Bien podrían haber estado frente a un hoyo repleto de carne putrefacta, y ellos, si así entendían que lo debían hacer, asentirían gustosamente. Incluso, por supuesto, aceptarían probarla sin escatimar, en ningún momento, halagos en torno al alimento. ¡Quién no comería carne podrida si así salvaba la vida...!

No obstante, ese no era el objetivo por el que habían sido conducidos hasta allí. El *basajaun* volvía a tocar la pieza de carne con la punta de sus dedos y, tras

hacerlo, miraba de frente a nuestros muchachos. Aguardaba una respuesta, una reacción que no acababa de llegar.

La impaciencia lo llevó, de pronto, a agarrar a uno de nuestros muchachos por el pecho y a levantarlo en vilo. No fue algo brusco, pero sí repentino. El muchacho casi se murió del susto, pero antes de que pudiera desatarse su pánico, el *basajaun* volvió a dejarlo en el suelo. Tras hacerlo, procedió a señalar repetidamente el pecho que acababa de abrazar con sus manos para, acto seguido, hacer lo propio con el suyo mismo. Parecía querer comparar ambos: uno grueso y enérgico; el otro, esbelto y fibroso.

¡Claro! Esa era la cuestión. Los Otros habían advertido la delgadez propia de Nosotros, los hombres, y la contraponían a la corpulencia desmedida de sus cuerpos. Creían, sin duda alguna, que estábamos flacos porque nos faltaba el alimento esencial. Y eso mismo era lo que nos ofrecían. Comida, comida en abundancia para no morir de inanición.

Los muchachos respiraron más tranquilos. No sólo no querían comérselos, sino que era eso mismo lo que se les brindaba: comida, toda la comida que quisieran tomar. ¡Y sin tener que cazarla por sus propios medios! Aquel día, tras tanta vicisitud e infortunio, iba a terminar mejor de lo que esperaban.

Asintieron con la cabeza y volvieron a hacerlo tantas veces como consideraron preciso. Se miraron entre sí y sonrieron. Los *basajaunes* que, a pesar de la exigua

luz pudieron verles sonreír, se sumaron al general regocijo y ellos mismos asintieron con la cabeza hasta casi desnucarse. Todos se miraban los unos a los otros, todos expresaban el gozo del momento con alegres gritos y más de uno comenzó a darse palmadas en el pecho para mostrar, de tal forma, su alborozo.

Así que aquellos estúpidos seres creían que estábamos tan delgados porque nos faltaba el alimento. Quizás creyeran que éramos incapaces de obtenerlo por Nosotros mismos y nos lo ofrecían a cambio de nada. Quién iba a pensar que su simpleza llegaba tan lejos... Los alimentos que tanto esfuerzo les habría costado reunir, eran ahora nuestros. Nos los daban, estaba claro. Tanto señalar las piezas de carne no significaba otra cosa: que nos las ofrecían para ver si así, conseguíamos salir adelante. Posiblemente no las tuvieran todas consigo. Acaso, en las miradas de compasión que nos dirigían, se hallaba implícita la convicción de que prácticamente estábamos condenados a la extinción.

¡Nosotros! Nosotros, los hombres. Bueno, no íbamos a desdeñar un regalo como el que se nos ofrecía. Si su estupidez no conocía límites, Nosotros nos aprovecharíamos de ello. Comida sin esfuerzo y en buen estado. Su olor no permitía dudas al respecto. ¡Los necios *basajaunes* se arriesgaban a pasar hambre durante el largo invierno entregando sus provisiones a desconocidos!

Los muchachos se miraron entre sí, titubearon, se aseguraron de que Los Otros continuaban asintiendo

con la cabeza, volvieron a titubear y, por fin, se decidieron a dar un paso al frente. Cada uno de ellos asió con fuerza una pieza de carne y se la echó a la espalda en un gesto rápido. Los *basajaunes* casi no podían creérselo. Por fin, por fin estaban siendo comprendidos. Que tomaran tanta carne como pudieran. Que se alimentaran e hicieran lo propio con los suyos.

El temor, para entonces, había desaparecido en los nuestros. Las plácidas miradas de los *basajaunes* no dejaban resquicio a la duda. Nadie iba a comérselos. Nadie iba a atacarles. Saldrían de allí sanos y salvos y, además, cargados de sabrosas viandas. Como héroes, casi como verdaderos héroes serían tratados cuando regresaran al valle. A buen seguro, las jóvenes no perderían detalle de lo sucedido.

Doblados hacia delante por el peso de las piezas de carne, los muchachos comenzaron a caminar, con dificultad, hacia la entrada de la cueva. Apenas se veían nada, de manera que, de cuando en cuando, tropezaban con las piedras sueltas del suelo. Uno de ellos, incluso, casi se cayó de bruces empujado por la carga de su espalda.

El *basajaun* de pelo canoso, que no perdía detalle de lo que sucedía, gruñó en lo que pareció una orden al que portaba la ya prácticamente consumida tea. No tuvo que volver a hacerlo: el *basajaun* rodeó al grupo y se puso al frente de los nuestros para guiarles en su ruta hacia la salida. Unos cuantos pasos más, y estarían fuera.

El resto de Los Otros que allá se encontraban, hembras y niños, se entretuvieron en mirar a los nuestros. Ninguno parecía tener nada que objetar a que se estuvieran llevando sus provisiones para el invierno. Si así lo había dispuesto el jefe de la horda, así habría de ser. La estupidez, al parecer, se extendía hasta el último miembro del clan salvaje.

El *basajaun* que abría la comitiva gruñó para apartar a uno de los suyos que obstaculizaba el paso. Lo hizo sin miramientos, propinando un golpe al aire que, de alcanzarle, podría haberle causado mucho daño. El afectado, sin embargo, no mostró rencor alguno. Asumía que el reproche, si provenía de alguien superior en su jerarquía social, no podía impugnarse. Era así porque así era.

Y Nosotros nos llevábamos toda la comida porque nos la estaban regalando a cambio de nada. Tal y como se habían vuelto las tornas, parecía que éramos Nosotros los que les estábamos haciendo un favor. Comeríamos para no caer muertos de hambre. ¡Creían que no sabíamos cómo atrapar nuestras propias presas!

Fuera de la cueva y antes de emprender el camino de regreso, los muchachos se volvieron para despedirse. Toda la horda de *basajaunes* se hallaba, para entonces, congregada en la entrada de la caverna. Les miraban con esa candidez tan poco propia en sus poderosos cuerpos. Ninguno hizo ningún gesto que simulase un adiós. Los nuestros, por su parte, pensaron en decir algo pero, cayendo en la cuenta de que nunca

serían comprendidos, prefirieron continuar camino sin más. ¿Acaso aquellas bestias sabrían reconocer el agradecimiento?

Regresaron, al contrario que lo habían hecho por la mañana, a través de las sendas habituales para transitar por el bosque. Esas mismas que Los Otros habían abierto en sus constantes idas y venidas a través del mismo. Los nuestros tenían que detenerse, a ratos, para descansar. La carga que portaban a hombros, aunque suculenta, era muy pesada y comenzaban a dolerles los músculos. Por si esto no fuera poco, llevaban sin probar un solo bocado desde la mañana y la debilidad comenzaba a cebarse en ellos.

En uno de esos altos para recuperar el aliento, se miraron sonrientes. No podían creer lo que les había sucedido. De estar seguros de haberse topado con la muerte, habían pasado a ser destinatarios de un regalo inesperado. Fruto de una afortunada equivocación, pero regalo sin duda alguna. Los pobres *basajaunes* les habían tomado por lo que no eran y, de su error, ellos habían obtenido un beneficio que sería aceptado con regocijo por todos Nosotros. Más aún: la forma de obtenerlo, el engaño al que habíamos sometido a los *basajaunes* demostrando así, nuestra superioridad, suponía un obsequio, si se quería, todavía mayor.

Quedaba claro que nunca podrían enfrentarse a Nosotros y salir victoriosos. Quizás no fuéramos tan fuertes como ellos, pero éramos mucho más listos, más rápido y, desde luego, infinitamente mucho más intui-

tivos. Recordaron, casi entre carcajadas, cómo Los Otros les miraron desde la entrada de la cueva. Ese gesto estúpido en sus rostros, esa expresión bobalicona y extraviada, ese no saberse engañados, resumía sin ambages el carácter de una raza inútil. Peludos por fuera y peludos por dentro. Tan extraños como tontos.

Y precisamente esa simpleza fue la que les eximió de toda culpa. No podríamos echarlos nunca del territorio. ¿Cómo se le explicaba a un ser tan estúpido que debía marcharse a otro lugar? No podría comprenderlo. Por mucho que señaláramos el horizonte, ellos se encogerían de hombros y nos mirarían como las ranas a la charca. Era ese su auténtico poder. Un poder que los mantenía a salvo de Nosotros.

Cayó la noche y, cuando en el valle ya comenzábamos a preocuparnos por nuestros muchachos, los vimos llegar con su carga a la espalda. Llegaban exhaustos, rotos por todo un día colmado de aventuras en el bosque. Nos miraron, les miramos y la emoción nos embargó a todos. Supimos, antes de que nos lo comunicasen, que habían estado con ellos.

Las mujeres corrieron a socorrerles y todos celebramos el regreso. Comenzaba a refrescar. El estío se alejaba y las hojas de los árboles comenzaban a caer. Muy pronto, llegarían las primeras nieves y, con ellas, el rigor del invierno. Nuestros muchachos se estaban haciendo mayores y la comunidad entera crecía saludable. Habíamos dado, por fin, con un buen lugar para vivir.